

Dios! ¡Todo para gloria de Dios! ¡A la mayor gloria de Dios!"

Es notable la oración con que San Ignacio terminó su largo discurso:

"¡Oh Dios! haced que la casa de vuestros siervos sea fundada para bien de todos, y no sólo para nuestro propio bien; á fin de que dando vuestros siervos su vida por la salud de los hombres en Jesucristo "no cesen nunca de ser perseguidos" para vuestra mayor gloria, vos que vivís y reináis por los siglos de los siglos. Así sea."

La súplica de San Ignacio fué escuchada por Dios. ¡Más de tres siglos hace que la Compañía de Jesús "no cesa de ser seguida," todo para gloria de Dios, á la mayor gloria de Dios!



LA INMACULADA CONCEPCION.

Eres vaso de nítida pureza,
Tierno lirio que el valle de dolores
Perfumas con suavísimos olores,
Mística rosa de gentil belleza,

Arca de alianza nueva preservada
Del naufragio fatal de la inocencia,
Mirra divina de aromosa esencia,
La misma Concepción Inmaculada."

El gran día se aproxima; el día consagrado por la Iglesia católica para conmemorar con fiestas espléndidas el tierno y augusto dogma de la Concepción Inmaculada de la Virgen María, se acerca conducido rápidamente en las alas del Tiempo; y ya nos parece ver sonreír en los horizontes los albores de su luz, brillantes y magníficos, como los resplandores de la aurora en los países tropicales.

Los corazones creyentes se estremecen de alegría á impulsos de los más tiernos sentimientos de piedad, al gozar de antemano con las fiestas que se celebran en ese día clásico para Yucatán, en que sus hijos todos, con raras excepciones, toman parte en las solemnidades que así la Iglesia como el pueblo, dedican á honrar como es debido á María, la escogida entre todas las mujeres para ser la Madre del Salvador y la Eva en quien nacimos los hombres á la vida de la gracia: los ojos de la imaginación se extasian contemplando nuestro cielo limpio y sereno como un inmenso cristal iluminado por los brillantes fulgores de la luz, y se recrean en el aspecto alegre y encantador que presentan las calles de la ciudad, adornadas con esmeraldas; créese oír resonar el cántico solemne de los sacerdotes bajo las bóvedas macizas de nuestros templos y los torrentes de armonía de la música sagrada, cuyas notas graves y melancólicas se elevan en ondas concéntricas hasta el trono del Señor; parece que se respira el aroma del incienso que sube hasta la cúpula en anchas espirales, y créese experimentar, en fin, esas dulces y tiernas sensaciones que brotan en nuestra alma, al eco de los cantos y al influjo de las armonías de la música, y que hacen agolparse en nuestra mente un mundo de ideas sobre el destino fu-

turo de la humanidad, los misterios de la Religión, las pompas del culto, la sublimidad de la naturaleza del hombre y la misericordia infinita de Aquel que quiso elevarla desde las regiones ínfimas del pecado, hasta las inmensurables alturas de la gracia.

Los dogmas de la Religión son todos grandes, igualmente augustos y dignos de cautivar poderosamente la razón de los hombres pensadores, como que todos ellos están íntimamente relacionados y no forman juntos sino una cosa que es única é indivisible: la verdad; pero el dogma de la Concepción Inmaculada de María, agita con mayor dulzura el corazón del cristiano, porque es el más tierno y conmovedor de los dogmas; cautiva con más fuerza su imaginación impresionable, porque es la más poética, digámoslo así, de las verdades religiosas, y obliga con mayor poder á la razón á detenerse en él y meditarlo con calma, porque es la piedra angular en que descansa el soberbio edificio levantado por Dios para la salvación del género humano, el hecho glorioso sin el cual no podría explicarse la Concepción del Divino Verbo ni, por consiguiente, la redención del hombre por la muerte igno-

miniosa del Cristo en el madero de la Cruz.

Tal es la economía del cristianismo: negad uno solo de sus dogmas, y como consecuencia lógica y precisa, los demás también quedarán negados, y viceversa, afirmad una sola de las verdades que enseña y, si vuestra razón es sana y se halla libre de preocupaciones, no podrá menos de concluir por afirmar una á una todas las demás verdades que forman el hermoso conjunto del símbolo cristiano. ¡Ah! si ciertas inteligencias obscurecidas por las sombras del error se detuvieran en reflexionar algunas horas sobre este dogma hermoso de la Inmaculada Concepción de María, haciendo un esfuerzo por ahogar un solo instante la voz de sus pasiones, ciertos estamos que de deducción en deducción y de consecuencia en consecuencia, vendrían, al fin, á parar en la absoluta confesión de las verdades todas de nuestra fe y en prosternarse á los pies del Cristo, proclamando á la faz del mundo su divinidad. El sabio quedaría, en efecto, sorprendido y maravillado al observar esa íntima relación que existe entre los dogmas todos; su razón se complacería en penetrar, hasta donde es posible, en las mis-

teriosas profundidades de esas verdades eternas, y su alma se arrobaría en la contemplación del grandioso plan realizado por la Divinidad para levantar la naturaleza caída del hombre y, contando con su concurso, pues es un ente libre, conducirlo de la mano hasta los campos deliciosos de la vida eterna.

“En efecto, decíamos en otra ocasión, es admirable la economía del cristianismo; sublime y magnífico el plan desarrollado por Dios en la obra de la Redención humana.

El hombre se separó de Dios por el pecado y la mujer fué la causa de su caída; pues bien, el hombre debe volver á Dios por medio del sacrificio de un Hombre-Dios y el voluntario concurso de una mujer sin mancha de pecado, pura como los lirios del campo, hermosa como la aurora. El Cristo es el camino estrecho que nos conduce á la Divinidad, y María es la puerta por donde debemos entrar para hallar al Cristo. ¡El Hijo de Dios, el Verbo increado humanándose, revistiéndose de nuestra carne en las entrañas purísimas de una Virgen para asimilarse, por decirlo así, á la humanidad, para unir al hombre eternamente á su Creador! ¿que-

reís algo más sublime, más sorprendente y que realce tanto la dignidad del hombre? ¿Qué parecen al lado de esta doctrina sublime todas esas aberraciones en que ha caído la humanidad, las desnudeces del paganismo, la brutal sensualidad del mahometismo, las prácticas ridículas de esas doctrinas sin fundamento como el espiritismo y otras?

—

Altísima es la importancia del ministerio voluntario de María en la obra de la Redención; y decimos voluntario, porque no fué en las manos de Dios un instrumento ciego, como han osado asegurar ciertos herejes, sino que poseída de vivísima fe, prestó su consentimiento al ser saludada por el Ángel Gabriel; consentimiento que constituye su mérito y por el cual Dios que lo veía desde la eternidad, como ve todas las cosas presentes y futuras, la eligió para ser la Madre de su Unigénito. ¿Y cómo esta Virgen destinada para albergar en su seno al Hijo de Dios, podía no ser preservada de la mancha original? María, la Reina de los Angeles, María, la Madre de los hombres, la segunda Eva, es, pues, "la misma Concepción Inmaculada." Esta verdad, creída desde los primeros siglos del cristianismo, como todas las verdades fun-

damentales de la Religión Católica, ha sido "declarada" dogma de fe por la Iglesia presidida por el Santo Pontífice de la Inmaculada Concepción, Pío IX el Grande. La fiesta se celebra el 8 de diciembre."

—

Hé aquí explicados en breves palabras los grandes motivos que tenemos los cristianos para honrar y venerar á la Virgen María; hé aquí por qué anualmente, cada día 8 de diciembre, la ciudad de Mérida, cuyo amor á ella ha sido siempre tierno y ardiente, se viste de gala y concurren sus hijos á los templos, no á "adorarla" como á "diosa," pero sí á "honrarla" como la feliz criatura escogida por Dios para ejercer en la obra de nuestra redención el más tierno, santo y sublime ministerio.

